

SAIRA SHAH

UNA COCINA A PRUEBA
DE RATONES

Saira Shah

UNA COCINA A PRUEBA
DE RATONES



*Dedico este libro a mi madre, que me dio la vida,
a Scott, que me ha dado la felicidad,
y a Ailsa, que me ha enseñado qué es el amor*

Diciembre

Los dolores vienen y van en oleadas. No se parecen en nada a los subidones orgásmicos descritos por mi profesora new age de preparación al parto, pero tampoco son tan terribles como los relatos de mi madre de pelvis partidas en dos y mujeres que enloquecen de pura agonía.

Inhalo gas y aire y ansío ver la cara de Tobias, tan adorable y pícara, como si invitara al mundo a compartir una broma secreta con él. Cuando mi madre lo conoció, le dijo que parecía un caballo simpático. Es una comparación que él detesta, pero a mí me encanta.

Y aquí está, por fin, con los oscuros rizos más revueltos incluso que de costumbre, y cómo no, llega tarde al nacimiento de su primer retoño. Seguro que su aspecto desastrado es la simple consecuencia de una inoportuna salida nocturna por la ciudad. Tobias no es un guerrero de la naturaleza.

Dispongo de un instante para sorprenderme de haber sabido, desde el momento en que me fijé en él tambaleándose en la pista de baile, que iba a ser la pareja ideal y el padre de mi hijo. Entonces la comadrona suelta un grito: no le encuentran el pulso al bebé. De pronto la habitación se llena de luces. Gente con bata azul de quirófano y mascarilla entra a toda prisa y Tobias, sin afeitar y sudoroso, llora y balbucea: «Sí, sí, lo que sea, pero, por favor, sólo asegúrense de que están bien», y de pronto me están poniendo la epidural para hacerme una cesárea de emergencia.

Han desplegado una pantalla y siento un hurgar extraño como si alguien moviera muebles en mi interior. Voy a la deriva, consciente e inconsciente a ratos. Y las drogas, las naturales del parto y el potente cóctel de los médicos, deben de ser muy buenas porque, después de nueve meses de preocupación obsesiva, estoy tranquila y zen.

Más tirones.

—¡Es una niña! —exclama alguien.

Se oye un berrido: mi bebé ya está aquí; mi niña está detrás de la mampara. No me dejan verla. Los segundos parecen horas. Siento un deseo salvaje de ver cómo es.

Por fin me la traen. Tiene grandes ojos grises, uno un poco más pequeño que el otro. Por un instante pienso: «No es una belleza.» Luego algo hace clic en mi cabeza y la cara más bonita y perfecta posible pasa a ser una cara un poco asimétrica con ojos grises ligeramente desparejos. Tobias aparece a mi lado, llorando incontrolablemente de alegría, orgullo y amor.

Es un instante perfecto. Uno de esos raros momentos en que no te apetecería estar en otro lugar, ni hacer otra cosa. Donde se funden pasado y futuro y solamente existe el ahora.

Me trasladan en una camilla con el bebé arrebujado contra mí y pienso: «Esto es sólo el comienzo.» Ella es mía ahora, para tenerla y abrazarla, para siempre. Tenemos toda la vida para conocernos la una a la otra. Me siento inundada de un amor que nunca he sentido antes; un amor que se extiende al bebé y a Tobias, y que irradia más allá, suficiente para iluminar el mundo entero.

Había visto antes un par de recién nacidos, y siempre temblaban, como sobrecogidos ante la magnificencia de este mundo y la inmensidad de la distancia recorrida. Pero la mía no hace eso. Mi pequeña viajera del espacio está completamente serena.

Entonces empieza a retorcerse. Vislumbro un puño apretado que se agita.

—¡Tiene un ataque! —grita Tobias.

Un instante de temor primitivo, instintivo: «Oh, no, es el fin para este bebé.» Nuestra vida normal se ha esfumado.

Una vez más, parece una escena de «Urgencias», con médicos en pijama de quirófano acudiendo a toda prisa.

Si quieres que las cosas pasen, tienes que planearlas. Lo sé muy bien: soy chef. Para hacer una bechamel, por ejemplo, se necesitan los ingredientes correctos en proporciones precisas, en el momento justo. Hay que medir, controlar el tiempo, tener cuidado. Todas estas cosas se me dan bien por naturaleza. Tobias no lo entiende. Es músico y compone para documentales de televisión y cortometrajes. Casi nunca se levanta antes del mediodía y deja papeles, ropa y restos de su vida desparramados por todas partes. Es un tremendo impuntual crónico. Dice que le gusta estar abierto al destino y a esto lo llama *creatividad*. Yo también soy creativa. Pero no se puede ser descuidado con una salsa. Simplemente, no sale bien.

Desde que nos pusimos a intentar tener un hijo, he planeado hasta el último detalle. Sé que nuestra hija se llamará Freya (un nombre bonito y anticuado con un significado ligeramente new age: una diosa nórdica del amor y del nacimiento), aunque Tobias dice que primero tendré que pasar por encima de su cadáver. Sé que nuestra hija tendrá hombros anchos y piernas largas y bonitas como él, y pelo castaño y liso y grandes ojos grises y serios como yo. Que tendrá su alegría de vivir y mi instinto para la organización. Que tan pronto como salgamos de este hospital vamos a venderlo todo y nos mudaremos al sur de Francia.

Y así, ahora, aquí tendida como estoy en un sopor inducido por la morfina, no me asusta que unos médicos se alejen con Tobias y el bebé. Mis planes están trazados. Todo saldrá bien.

En el sur de Francia, el cálido sol brillará sobre nosotros. La gente será amable. Nuestra hija crecerá bilingüe, sofisticada, a salvo de pederastas. No necesitará las últimas zapatillas Nike; no comerá basura.

Puedo ver la casa que compraremos: una casa de campo en la Provenza con rosas y malvas alrededor de la puerta, un campo de lavanda salpicado de olivos, el azul profundo del mar fundido con el celeste del cielo. Estoy flotando sobre ese mar, ese campo y esa casa y en alguna parte, muy abajo, Tobias, el bebé y yo estamos viviendo nuestras vidas perfectas.

Me despierto temprano.

Quiero estar con mi bebé. Es difícil saber si se me ha pasado el efecto de la morfina. Estoy todavía mareada y confundida, pero también tengo un dolor terrible.

Supone un esfuerzo enorme recordar dónde estoy: en la pequeña habitación privada que el hospital tiene para lo que llaman *casos especiales*. A mi lado alguien ronca, y eso me recuerda que a Tobias lo han dejado dormir aquí en un catre plegable. En la mesa, mi teléfono móvil comienza a sonar. Temblando, rechazo la llamada. Segundos después aparece un texto: «¿Noticias? ¿Quéee?» Mi mejor amiga, Martha. Arquitecta. Sola. Demasiado ocupada para escribir más. No tengo ni idea de qué decirle. Lo dejo para más tarde.

Llega una enfermera a sacarme el catéter. No tenía ni idea de que llevaba uno puesto; parece como si me hubiera divorciado de mi cuerpo en algún momento de las últimas ocho horas más o menos. Que te saquen el catéter duele como el demonio. Vomito, por el dolor o la morfina, no sé.

—¿Se encuentra bien? —quiere saber la enfermera.

No tengo ni idea de la respuesta, pero necesito levantarme, así que miento y digo que estoy bien.

—¿Puedo ir a ver a mi hija ahora, por favor?

Nuestra hija está en una habitación oscura llena de máquinas que suenan, *tacapum tacapum tacapum*, y de bebés del tamaño de un puño en incubadoras transparentes con extrañas luces de colores. La reconozco inmediatamente: es dos veces mayor que los otros niños. Está en una cuna

abierta, en posición fetal, con un tubo que le sale de la nariz y un cable pegado al pie. Sobre su cabeza hay un banco de monitores que la reducen a una serie de signos vitales: latido del corazón, saturación de oxígeno, respiración.

Una enfermera nos explica que se trata de la UCIN, la unidad de cuidados intensivos neonatal, y nos muestra cómo cogerla sin soltar todos los tubos. Tengo a mi hija en brazos por primera vez. Es perfecta: boca de capullo de rosa, orejas de elfo, ojos cerrados firmemente. Puedo contarle las pestañas (cuatro en el párpado derecho, cinco en el izquierdo) e imaginarlas creciendo secretamente en mi vientre como semillas bajo tierra.

—Es preciosa —dice un médico. Siento una oleada de placer y orgullo—. Si a la mamá no le importa, voy a utilizar algunos instrumentos especiales para verle el fondo de los ojos.

La coge de mis brazos con suavidad y la observo, totalmente absorta en ella, mientras la examinan. Escucho al médico discutiendo sobre ella con su analista. Es una chárchara técnica. Parecen haber encontrado algunas cosas que buscaban. Me siento contenta por ellos, satisfecha con el bebé. Al cabo de un buen rato el doctor se vuelve hacia mí.

—Tiene un coloboma en el ojo izquierdo. La retina de ese ojo no se ha formado como debía, y el iris tampoco lo ha hecho por completo.

Lo miro con cara de no entender, porque cualquiera puede ver que este diminuto ser humano es exactamente como debería ser.

—Su hija no va a ser ciega —continúa—. Es posible que sea un poco hipermetrope.

El interruptor en mi cabeza vuelve a hacer clic y la cara asimétrica se transforma otra vez: una niña rarita con enormes gafas que mira con ojos hipermetropes desde una fotografía escolar. Y que se convierte a su vez en la más dulce y perfecta de todas las caras posibles.

—Tendremos que hacerle una resonancia magnética para estar seguros —explica el médico—, pero parece que

la raíz del problema podría estar en el cerebro.

Pero yo no le presto atención porque, cuando me devuelvo a mi hija, mis hormonas de la felicidad se disparan y me dejan abrumada. No concuerdan con todas esas palabras horribles y son más poderosas que cualquiera de ellas.

—Tengo la sensación de estar cayendo por un abismo —dice Tobias.

Ojalá pudiera tener la misma certeza que yo de que todo va a salir bien. Le sonrío. Pero él se limita a soltar un bufido exasperado y se dirige al médico.

—Querría formularle algunas preguntas. —Me lanza una mirada elocuente—. ¿Podemos hablar un momento fuera?

Veo cerrarse la puerta tras ellos, pensando que se comportan de una forma muy rara. Sólo me hace falta estrechar a mi bebé entre los brazos para saber que es perfecta. La niña abre los ojos. La pupila del izquierdo es alargada como una lágrima, como si la hubiesen pintado con tinta negra que se ha corrido. Nunca he visto un bebé con una pupila así. Parece algo especial. Nos observamos con solemnidad unos instantes y luego se le vuelven a cerrar los párpados. Intento que se me coja a un pecho. Hace un mohín, haciendo delicadamente la punta del pezón entre los labios. Siento un suave tirón, como el de un pececito.

—Así no va a conseguir que mame —dice una alegre enfermera del servicio de salud pública—. Tiene que abrir mucho la boca, como un pajarito.

La niña y yo pasamos un rato intentándolo. De vez en cuando abre la boquita en un repentino bostezo, como un tiburón, y arremete contra mi pecho de una manera cómica que recuerda a Benny Hill. Pero algo sale mal cada vez; se retuerce y se aparta de mí, su carita se contrae de furia y hace aspavientos con los puñitos apretados. Entonces, su cálido cuerpo se arrebujaba de nuevo contra mi pecho y vuelvo a dejarme llevar por la bruma de la morfina.

—Cuidado, señora mamá, se está quedando dormida —me dice la enfermera—. Podría dejar caer al bebé.

—No estoy cansada.

—Mejor vuelva a la cama.

Pero ¿por qué voy a querer estar en otro sitio que no sea con mi bebé? De modo que aquí sigo, estrechándola entre mis brazos en esta habitación llena de luces que parpadean y cunas de metacrilato, pensando que es extraño que ninguno de estos bebés parezca llorar nunca, como si las máquinas hubiesen robado sus voces.

—¿Qué tal el parto, cariño? —La voz de mi madre a través del teléfono suena muy distante.

—No del todo mal. La cesárea ha ido bien. El bebé...

—Contigo me tiré cuarenta y ocho horas. En aquellos tiempos no te hacían una cesárea a menos que estuvieras prácticamente muerta.

—El bebé...

—No sé cómo pude soportarlo. Al menos en aquellos tiempos te dejaban fumar entre contracción y contracción.

Capto una tenue y familiar sensación de irritación a través del sopor. Mi madre nunca, ni una sola vez, ha dicho algo como se suponía que debía hacerlo, como hacen las demás madres. Quizá no tenemos nada en común porque fue una madre mayor para sus tiempos (yo tengo treinta y ocho y ella sesenta y nueve). Se casó a los veinte y no ha trabajado en toda su vida; yo postergué tener una familia por el bien de mi carrera. Mientras que los simples mortales se ven obligados a adaptarse al cambiante mundo, mi madre exige que todos se adapten al suyo. Durante años se las ha apañado para vivir en lo que ella llama su *torre de marfil*, una especie de idílico paisaje de los años cincuenta desde el cual, toda glamour e inocencia, imparte órdenes. Cualquier verdad inconveniente se ve desterrada. A lo largo de cuarenta y ocho años de matrimonio, mi difunto y santo padre contribuyó a mantenerla en su pedestal, tolerando su caprichosa conducta y tratando de cumplir sus imposibles exigencias. Mi madre dejó de fumar, de golpe y sin hacer comentarios, cuando él murió de cáncer de garganta, hace

nueve meses. En todos los demás aspectos, está peor que nunca.

—Mamá, tengo algo importante que decirte.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Tobias me ha llamado desde el hospital cuando te estaban cosiendo. ¡Una niñita! ¡Preciosa! Pero ha sido agotador. En mis tiempos separaban a los bebés de sus madres de inmediato y los ponían en una habitación especial. Era mucho mejor. Hoy en día insisten en que los tengáis todo el tiempo con vosotras.

Vuelvo a intentarlo:

—El bebé...

—¿Aún piensas traérmela por Navidad?

—No lo creo, mamá.

—Quizá podría ir yo a pasar la Navidad con vosotros.

—No estoy segura de que sea muy buena idea. Verás, mamá, resulta que el bebé...

—Bueno, en realidad tengo que estar aquí de todas formas...

Por su tono de voz me doy cuenta de que he herido sus sentimientos con algo que he dicho, pero vuelvo a tener problemas para concentrarme.

—No puedo dejar el comedero de los pájaros. Cariño, siento mencionar esto ahora, pero ¿podrías llamar a la protectora de aves para que se lleven los estorninos de mi jardín? Desde la muerte de tu padre no he tenido a quien pedirselo y me temo que los pobres polluelos van a morirse de hambre.

Su voz sigue y sigue y, mientras me sumo poco a poco en la inconsciencia, me pregunto hasta qué punto la que considero mi propia personalidad es meramente una reacción ante la suya. ¿Soy disciplinada, diplomática, convencional y contenida sólo porque ella no lo es?

—Mañana me pasaré por ahí —la oigo decir—, sólo para echarle un vistazo, nada más. No te preocupes, no me meteré donde no me llaman. Quédate en el hospital todo el tiempo que puedas y descansa mucho. No muevas un dedo. Deja que el personal lo haga todo.

En la unidad de cuidados intensivos, el tiempo transcurre en una nube de sonidos leves y tenues luces de colores que parpadean en los monitores. Todo parece amortiguado, como si estuviésemos en un acuario. Mi bebé y yo nos aferramos la una a la otra y el tiempo fluye suavemente. Llega una enfermera para decirnos que estamos a la espera. Hacemos cola para una resonancia magnética. La niña sigue sin conseguir mamar como es debido. Todavía no tengo leche, sólo una cantidad mínima de calostro. Me las apaño para sacarme una única y espesa gota. Parece leche condensada. Mojo en ella la yema del dedo y se la llevo a los labios a la niña. Su carita adquiere una expresión de éxtasis epicúreo. Esto es lo que le corresponde, su derecho de nacimiento, el alimento que debería recibir, y no una solución de glucosa por un tubo a través de la nariz.

A Tobias no le gusta la unidad. Pasa más y más tiempo ausente, escabulléndose a contestar los mensajes de voz y de texto que empiezan a llegar del mundo exterior. Nuestros amigos comienzan a preguntarse por qué no hemos aparecido todavía con un bebé sano.

—Martha no para de llamar a mi teléfono —me dice—. ¿Quieres hablar con ella?

—Dile que la llamaré después.

No quiero hablar con nadie. Ni siquiera con Tobias. Pero insiste en que nos tomemos un poco de tiempo para nosotros y, empujándome en la silla de ruedas, me hace bajar al vestíbulo. Desde su cunita de metacrilato, tres pisos más arriba, el bebé me llama.

—Deberíamos subir ahora a verla —digo.

—Sí, sí, ahora vamos. Déjame comprar un periódico.

Tobias es un maestro en aparcar las cosas para más tarde. Se pasa una eternidad charlando con la cajera de WH Smith. La niña vuelve a llamarme. «¿Dónde estás?» Tobias me empuja pasillo abajo a velocidad de vértigo. Cada minuto más o menos, suelta la silla para observar los carteles del servicio de salud pública en las paredes. «Si fumas, tu bebé también.» «La diabetes mata. Pídele a tu médico que

te haga un análisis hoy mismo.» Descoloridos y llenos de cagaditas de mosca, lo dejan fascinado.

«Ven conmigo, te necesito.»

Tobias ve una mesa de tijera decorada con guirnaldas y cubierta de juguetes tejidos a mano. En un estandarte se lee: «LOS AMIGOS DEL BAZAR NAVIDEÑO DE ST. ETHEL. POR FAVOR, SEAN GENEROSOS.» Al lado hay dos mujeres mayores. Se me cae el alma a los pies; Tobias adora a las mujeres mayores, y ellas a él. Al poco ya están charlotteando con él.

—¿Su bebé está en cuidados intensivos? Vaya, pobrecito, no se preocupe. Éste es un hospital excelente. Dicen que tiene la mejor unidad neonatal de todo el país. Mandan aquí a bebés de toda Inglaterra.

—Venden ustedes unas cosas muy bonitas —dice Tobias.

—Pues también hacemos todas las sabanitas para los bebés de la unidad especial. Y peúcos para los prematuros. Y gorritos. Ya sabe, son incapaces de regular su temperatura.

—¿Qué les parece que preferirá nuestro bebé, un conejito o un tigre?

El bebé vuelve a llamarme, con mayor urgencia. «No quiero ninguna de las dos cosas. Te quiero a ti.»

—Tobias, por favor, vámonos ya.

Su rostro, normalmente tan relajado, está muy tenso.

—Necesito un café. Tú también vienes, ¿no? Así podemos pasar un ratito juntos.

Pero mi bebé tiene un campo gravitatorio que me atrae hacia ella.

—No me apetece un café. Creo que debería volver con ella. Estoy segura de que puedo caminar si me lo tomo con calma.

Tobias me mira como si tuviera deseos de añadir algo. De malos modos, me pone un conejito de punto en la mano.

—Súbele esto. Yo voy dentro de un rato.

Me alejo renqueante pasillo abajo. Esperar el ascensor es una agonía. Las puertas se abren con un chirrido. El ascensor va lleno. Me cuelo en un espacio diminuto, tratando de proteger mis puntos de la gente. Las puertas se cierran con un silbido. Siento que mi bebé tira de mí hacia arriba.

—Me dicen los de resonancias magnéticas que ha habido una cancelación —anuncia una enfermera—. Pueden hacerle el escáner, siempre y cuando lleguen antes de cuarenta minutos.

—Date prisa, Anna —dice Tobias—. Como perdamos el turno, nunca sabremos qué le pasa.

Pero primero hay que ponerle al bebé ropa que no tenga tachuelas metálicas, porque el aparato de resonancias es un gigantesco campo magnético. Luego hay que rellenar quince páginas de formularios. Y finalmente todos los tubos y monitores tienen que trasladarse a un cochecito de hospital con pinta industrial. Una enfermera en prácticas en su primer día en el hospital empuja al bebé, y Tobias se ocupa de mi silla de ruedas. A toda pastilla. Cada vez que encontramos un bache suelto un gemido de dolor, un recordatorio de que hace menos de veinticuatro horas que me han sometido a una operación abdominal seria. En algún punto de la carrera por pasillos interminables, perdiéndonos y recibiendo malas indicaciones, Tobias comenta:

—He estado dándole vueltas, y es posible que Freya sea un buen nombre, bien pensado. Es como una diosa diminuta, y supongo que su nacimiento constituye un triunfo increíble.

Al oír eso, comprendo finalmente que está preocupado de verdad. Que confía en que ponerle el nombre que a mí me gusta y él detesta conseguirá aplacar a los dioses y hacer que todo salga bien. Ya hemos superado bastantes obstáculos para tener este bebé. Yo quería tenerla en marzo pasado. Eso significaba concebirla en junio, de manera que pedí permiso en la fecha adecuada (trabajaba en el Cri de la Fourchette, en el West End, con estrellas Michelin, seis